

no de algún descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente.

Si no, dime: ¿cuándo, oh traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprendidas de las mías con rigor y con aspereza? ¿Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creídas ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algún descuido mío ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses que siendo contigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo conmigo, quise traerla á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí también con el poco recato que he tenido de huir la ocasión, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus males intenciones.

Torno á decir, que la sospecha que tengo que algún descuido mío engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que más me fatiga, y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo, quizá sería más pública mi culpa; pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto.

Y diciendo estas razones con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingía aquel extraño embuste y falsedad, que por darle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podía herir á Lotario, ó fingiendo que no podía, dijo:

—Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo menos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga; y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario le tenía asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la isilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada.

Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, desparavido y sin aliento, á sacar la daga, y al ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenía y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentación sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no sólo á él, sino al que había sido causa de habelle puesto en aquel término; y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decía cosas que el que le oyera le tuviera mucha más lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara.

Leonela la tomó en brazos, y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pediale asimismo consejo y parecer de lo que dirían á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. El respondió que dijese lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese: sólo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba donde gentes no le viesen; y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió sólo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela.

Consideraba cuan enterado había de quedar Anselmo de que tenía por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenía en Camila un simulacro de la honestidad.

Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le había faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenía. Pedía consejo á su doncella, si diría ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondría en obligación de vengarse de Lotario, lo cual no podía ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasión á su marido á que riñese, sino á quitarle todas aquellas que le fuese posible.

Respondió Camila, que le parecía muy bien su parecer, y que ella le seguiría; pero que en todo caso, convenía buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podía dejar de ver: á lo que Leonela respondía, que ella ni aun burlando no sabía mentir.

Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo que saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.

—No tengas pena, señora; de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados sentimientos. Sosiégate, señora mía, y procura sosegar tu alteración, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demás déjalo á mi cargo, y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos.

Atentísimo había estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habían transformado en la misma verdad de lo que fingían. Deseaba mucho la noche y el tener lugar para salir de su casa, é ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que había hallado en el desengaño de la bondad de su esposa.

Tuvieron cuidado los dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin pérdida salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede convenientemente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su comentario le dijo, las alabanzas que dió á Camila. Todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ya ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber él sido la causa; y así entre otras razones le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubriéndola á él; y que según esto, no había de qué temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio, él se veía levantado á la más alta felicidad que acertara desearse, y quería que no fuesen otros sus entretenimientos que el hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros.

Lotario alabó su buena determinación, y dijo que él por su parte ayudaría á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdición de su fama: recibíale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos días, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á la plaza la maldad, con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.



CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da

fin á la novela del curioso impertinente.

POCO más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces:

—Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicón, que le ha tajado la cabeza cercén á cercén, como si fuera un nabo.

—¿Qué dices, hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba; ¿estáis en vos Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decía á voces:

—Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra: y aparecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho:

—No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no sea menester, porque sin duda alguna el gigante ya está muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaño como un gran cuero de vino.

—Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si Don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien, por qué; y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante.

Y es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino.

Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el bar-

bero trujo un gran caldero de agua fría del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba.

Dorotea, que vió cuán corta y sutilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo:

—Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamiento, que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero: ¿no ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien las horadó?

—No sé nada, respondió Sancho, sólo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flemma del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar á los rotos cueros. Tenía el cura de las manos á Don Quijote, el cual creyendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicón, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo:

—Bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir de hoy más segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura, y yo también de hoy más soy quito de la palabra que os di, pues con la ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está en el molde.

¿Quién no había de reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, sino el ventero que se daba á Satanás; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejaronle dormir, y salieronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ven-



tero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decía en voz y en grito:

—En mal punto y en hora menguada entré en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, y que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor, y me lleva mi cola, y hámelas vueltas con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre si no me la han de pagar un cuarto sobre otro, no me llamará yo como me llamo, ni sería hija de quien soy.

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían.

Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole, que cada y cuando



que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descaezado al gigante, le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolose con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que por más señas tenía una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecía, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamiento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella.

Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haría bien, y sucedería á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que así decía:

Sucedió, pues, que por la satisfacción que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacía mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiase al revés de la voluntad que le tenía; y para más confirmación de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibía; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto.

En esto el que tenía Leonela de verse calificada en sus amores llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubría, y aun la advertía del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecución. En fin, una noche sintió

Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenían la puerta: cosa que le puso más voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vio un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguirlo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole:

Sosígate, señor mío, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mía, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataría. Ella con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo:

—No me mates, señor, que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar.

Dilas luego, dijo Anselmo, si no, muerta eres.

—Por ahora será imposible, dijo Leonela, según estoy turbada; déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro de que el que saltó por esta ventana es un manco de esta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldría hasta que le dijese lo que tenía que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle como le dijo, todo aquello que con su doncella le había pasado, y la

palabra que le había dado de decirle grandes cosas y de importancia.

Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo; porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer), que Leonela había de decir á Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salía falsa ó no: y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros.

La confusión en que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía resolverse en lo que haría. En fin, acordó de llevar á Camila á un monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedía, la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia.

Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó, y fué adonde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, sólo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se había descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decirselo á Camila, y no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razón de lo que pedía.

Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vio sus cofres abiertos, y que dellos faltaban las más de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acordarse de vestir, triste y pensativo fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario. Mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche había faltado de su casa, y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio; y para evitar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola. No sabía qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio.

Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdición. Resolvióse, en fin, al cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde había estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura.

Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando acosado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros; y allí se estuvo hasta casi que anochece, y á aquella hora vio que venía un hombre á caballo de la ciudad, y después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia. El ciudadano respondió:

Las más extrañas que muchos días se han oído en ella; porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivía en San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio, sólo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podía esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban "los dos amigos."

—¿Sábese, por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila?

—Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos.

—Adiós vais, señor, dijo Anselmo.

—Con él quedéis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo, no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantose como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabía su desgracia; mas como le vio llegar amarillo, consumido y seco, entendié que de algún grave mal venía fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hizose así, y dejáronle

acostado y solo, porque él así lo quiso; y aun que le cerrasen las puertas.

Viéndose, pues, sólo, comenzó á cargar tanto la imaginación de su desventura, que claramente conoció por las premisas mortales que en sí sentía, que se le iba acabando la vida; y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que quería, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente.

Viendo el señor de casa que ya era tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposición, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenía aún la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, y habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondía, y hallándole frío, vio que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenía estas razones:

"Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricante de mi deshonra, no hay para que..."

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razón, se le acabó la vida. Otro día dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo, de su muerte, los cuales ya sabían su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo.

Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesión de monja, hasta que (no de allí á muchos días) le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dió monsieur de Lautre al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles, donde había ido á parar el tarde arrepentido amigo; lo cual sabido por Camila, hizo profesión y acabó en breves días la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un desatinado principio.

—Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido y mujer algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

